

DEBATIENDO LA SEGURIDAD

El reciente revuelo en torno a Groenlandia, que culminó en la reunión anual de enero del Foro Económico Mundial, intensificó las preocupaciones públicas sobre la seguridad global, los valores occidentales y las alianzas tradicionales. Los temores son reales y las animosidades son evidentes, en medio de la sensación de que se está haciendo historia.

RUSIA Y CHINA

Aunque estaban muy presentes en los pensamientos de los participantes, los rusos y los chinos tuvieron una presencia mínima en Davos. Ocupada con Ucrania, económicamente asfixiada por sanciones y recesión, y aferrada a exigencias maximalistas para la paz, la administración de Putin tenía poco que discutir. Dependiente, a nivel regional, del control del campo de batalla y, a nivel global, de su superior arsenal nuclear (compartiendo con Estados Unidos el 90% de las ojivas atómicas del mundo), Rusia mantiene a Occidente receloso e inquieto, ya sea por Europa o por el Círculo Polar Ártico.

Beijing, en cambio, envió al viceprimer ministro He Lifeng para declarar que China está abierta a los negocios. Operando típicamente a través de la quietud, China mira al largo plazo, utilizando un arte de guerra que espera pacientemente a que rivales y enemigos se agoten por sí mismos. Con tentáculos económicos por todo el mundo, las potencias occidentales temen que las aspiraciones militares de China no estén muy lejos. El tiempo lo dirá.

Juntas, Rusia y China buscan el fin del predominio occidental y consideran que la democracia está en conflicto con sus modelos autoritarios de liderazgo. Mientras Rusia mira a China para reforzar su seguridad frente a Occidente, China ve en Rusia un enorme mercado para sus productos.

CANADÁ Y EUROPA

Estos bastiones tradicionales de principios judeocristianos — como el respeto por la ley de Dios y la búsqueda de la libertad frente a la tiranía — están ahora peligrosamente cerca de volverse irreconocibles respecto de lo que fueron. El primer ministro canadiense Mark Carney se atribuyó la posición moral en Davos con un llamado elocuente a las “potencias intermedias” para que abracen la ruptura con Estados Unidos, pero pasó por alto la realidad de que los valores de las élites entre esas potencias intermedias ya no se corresponden con los de los conservadores estadounidenses ni siquiera con los europeos.

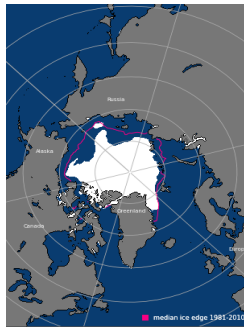
Los principales medios de comunicación atribuyen al “pararrayos” que es el presidente Trump el debilitamiento de la alianza transatlántica; sin embargo, su sesgo ha quedado al descubierto (piense en la BBC) y es evidente su respaldo al ataque de las élites canadienses y europeas contra los valores judeocristianos tradicionales. Así, se están prohibiendo las citas bíblicas en público, al igual que las oraciones pacíficas fuera de las clínicas de aborto. Mientras tanto, imanes agitan la afluencia de inmigrantes musulmanes para aprovechar el vacío espiritual con fines de poder, ofreciendo a Occidente sumisión o yihad.

No es, por tanto, el presidente Trump quien causó la ruptura con Canadá y Europa, aunque su agenda de “Estados Unidos primero” la haya propiciado. Más bien, ellos se apartaron de las raíces judeocristianas en favor de los improbables compañeros de cama del socioprogresismo y el islam. Estos se unen para acallar y marginar el cristianismo y están reduciendo a Canadá y a Europa a lamentables sombras de lo que fueron. Australia, a la que apela Mark Carney, debería observar muy de cerca. Seguir los aplausos de las élites de Davos puede ser tentador, pero a ninguna nación le va bien cuando rechaza la ley de Dios. (Imagen: <https://www.researchgate.net/>.)

AMÉRICA Y SUS ALIADOS

A pesar de todos sus defectos personales y de su ignorancia del evangelio de Cristo, Donald Trump procura, en lo externo, preservar la seguridad de Estados Unidos y, en lo interno, sus libertades, oponiéndose al alineamiento del Partido Demócrata con la agenda poscristiana de Canadá y Europa. Sin un avivamiento del cristianismo y un despertar de sus sociedades, que conduzca a la restauración de los valores judeocristianos de Occidente y a familias más numerosas (en parte por medio de la reducción de los abortos), es posible que los republicanos cuestionen cada vez más financiar la seguridad de naciones que marchan al son de un tambor diferente, a menos que hacerlo sirva a los intereses estadounidenses. Un “domo de hierro” sobre Groenlandia es un ejemplo de ello, pues al impedir la penetración rusa y china en el hemisferio occidental (de ahí la intervención en Venezuela), el domo también busca proteger a Canadá y a Europa.

¿Dónde nos deja todo esto? En no poner ni nuestra seguridad personal ni la seguridad global en manos de los hombres. Más bien, los debates de Davos nos recuerdan que busquemos la seguridad en Dios. Él nos la ofrece, independientemente de nuestras lealtades y perspectivas.



DESEANDO SEGURIDAD

Los cambios en las alianzas nacionales nos inquietan. Son equivalentes emocionales al movimiento de las placas tectónicas de la tierra, que sacuden el suelo bajo nuestros pies. Sin embargo, Dios los permite, revelando:

NUESTRA PEQUEÑEZ

Debemos saber cuán infinitesimales somos, pues somos criaturas de Dios. Vivimos solo unas décadas, pero él es eterno y abarca la historia (Salmo 90:2). Nosotros somos corporales, pero él —dice el profeta Isaías (739–685 a. C.)— está sentado sobre el círculo de la tierra (Isaías 40:22). En efecto, Dios es espíritu y llena el cielo y la tierra (Jeremías 23:23–24; cf. Juan 4:24). Para él, las naciones “son como una gota de agua en un cubo, y son estimadas como polvo en la balanza”. Es más, “todas las naciones son como nada delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (Isaías 40:15, 17, 22).

Tan pequeños somos que palidecemos en comparación no solo con Dios, sino incluso con las naciones que él empequeñece. Somos como langostas ante sus ojos (Isaías 40:22), y al morir, nosotros que llenamos en vida estados-nación de cientos de miles de millas cuadradas, cabemos en una parcela de dos metros. ¡Qué extraña, entonces, es nuestra soberbia! Naturalmente, suponemos que Dios es como nosotros (Salmo 50:21), pero nuestra confianza se desvanece rápidamente cuando su presencia nos toca, o cuando los terremotos nos sacuden. Así como corremos a refugiarnos cuando ellos estallan, también capitulamos al temor y al pánico cuando las naciones se tambalean y las alianzas flaquean. Sin embargo, cambios tan trascendentales pueden beneficiarnos espiritualmente, pues nos recuerdan que solo Dios es seguro en sí mismo, imperturbable por todo lo que está fuera de él. (Imagen: [https://www.pinterest.com/\[Francesco Lochi\]](https://www.pinterest.com/[Francesco Lochi]).)

NUESTRA PECAMINOSIDAD

Los cambios de época también nos benefician porque nos recuerdan el pecado en nuestro mundo. Este realismo debemos abrazarlo, pues hemos tenido dos siglos de insistencia en la supremacía del hombre; sin embargo, la teoría de la evolución (cada vez más cuestionada por científicos) confunde de manera continua el avance tecnológico con la mejora moral. Las guerras mundiales lo demuestran.

A pesar del progreso de los caballos a los tanques, la Primera Guerra Mundial gritó codicia y necedad. Su carnicería humilló al hombre, pero el hombre no fue humillado. En menos de tres décadas, la Segunda Guerra Mundial reveló nuestra capacidad de cometer atrocidades indecibles contra nuestro prójimo. Aun tantas décadas después, seguimos bajo su sombra. Dijo el historiador inglés R. G. Collingwood (1889–1943): “La única pista de lo que el hombre puede hacer es lo que el hombre ha hecho”. Por eso hoy tememos la combinación mortal de nuestra capacidad nuclear y nuestra depravación persistente. Amenaza lo

impensable: una tierra en gran parte inhabitable.

No solo somos pequeños, entonces, sino también una raza desgarrada por la soberbia, la codicia, los celos (posesividad de lo que es nuestro) y la envidia (deseo de lo que no es nuestro). Es cierto: no hay nada malo en una competencia sana entre naciones, ni en guerras para poner fin a la injusticia y al brutal abuso dictatorial; sin embargo, la historia está salpicada de opresión y conflicto injustos, con políticos y complejos militares demasiado dispuestos a sacrificar a jóvenes y civiles por poder y riqueza.

NUESTRA SEGURIDAD

Como peones en una partida global de ajedrez, percibiendo el pecado dentro de nosotros y a nuestro alrededor, y bombardeados a diario por coberturas informativas sesgadas y prejuiciosas, repletas de mentiras descaradas y comentarios tóxicos (fruto de la negación posmoderna de la verdad), anhelamos un refugio de perdón, seguridad y esperanza.

Debemos acudir a la Biblia. Dios nos la dio para ayudarnos a encontrar seguridad en él. Aunque él permite nuestra autodefensa, nos llama a no confiar en nuestros recursos limitados para la supervivencia o la prosperidad. Este consejo es especialmente pertinente, dado cuánto se resiste nuestro orgullo a depender de Dios, por más dañados y frágiles que sean nuestros apoyos, y dado que nos resulta mucho más fácil apoyarnos en lo que puede verse y tocarse que en Dios.

Así pues, aunque nuestro contexto difiera de los tiempos bíblicos, el consejo de Dios de no confiar en príncipes sigue siendo plenamente vigente. Aunque presidió la edad de oro de Israel, el rey David comentó: “Mejor es refugiarse en el Señor que confiar en el hombre. Mejor es refugiarse en el Señor que confiar en príncipes” (Salmo 118:9–10). De igual manera, nos aconseja no confiar en los caballos —símbolo entonces del poder terrenal—:

“El caballo de guerra es vana esperanza para la salvación; por su gran fuerza no puede librar” (Salmo 33:17). El “deleite” de Dios “no está en la fuerza del caballo, ni su complacencia en las piernas del hombre; el Señor se complace en los que le temen, en los que esperan en su misericordia” (Salmo 147:10–11). En efecto, el Señor profetizó por medio de Oseas que no salvaría a su pueblo “con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos, ni con jinetes” (Oseas 1:7), sino por sus propias misericordias. Salomón, hijo de David, olvidó esto. Fuerte en sí mismo, reuniendo 1.400 carros y 12.000 jinetes en ciudades de carros (1 Reyes 10:26), descuidó su relación con Dios y sembró las semillas de la ruina de Israel.

También nosotros olvidamos, para nuestro propio peligro, que nuestra seguridad está en Dios. Podemos buscar paz mediante la fuerza (ya sea ofensivamente con un arsenal nuclear o defensivamente con un domo de hierro), pero sin las misericordias de Dios seguimos expuestos a sus juicios y permanecemos inseguros. El rey David, a pesar de su fortaleza, nos muestra otro camino: “Unos confían en carros, y otros en caballos; más nosotros confiamos en el nombre del Señor nuestro Dios” (Salmo 20:7). Haríamos bien en hacer lo mismo.



DESCUBRIENDO LA SEGURIDAD

Si el llamado de Dios a confiar en él está penetrando en nosotros en medio de la letanía actual de conflictos militares, tensiones políticas y enojo social, es probable que nos estemos preguntando qué hay en Dios que lo hace tan digno de confianza, y cómo podemos confiar en él. Son preguntas excelentes, que los cristianos se complacen en responder desde la Escritura y la experiencia.

¿QUÉ HACE A DIOS TAN DIGNO DE CONFIANZA?

La pregunta es audazmente irónica, dado que nuestros primeros padres, Adán y Eva, se apartaron de Dios y así crearon, mediante su pecado, las inseguridades históricas, personales y globales que hemos llegado a ver como normales. Nosotros, notablemente poco confiables, de algún modo esperamos que Dios nos demuestre que es digno de confianza. ¡Qué doble estándar!

Sin embargo, Dios, no estando bajo ninguna necesidad ni obligación de probarse ante nosotros, con gracia nos atrae de vuelta a sí mismo. La Santa Escritura nos dice cómo lo hace, y cómo su autorrevelación confirma su confiabilidad.

El carácter de Dios: Observe que Dios es verdad y jamás engaña. Es justo, siempre recto, viviendo en perfecta conformidad con su propia ley. Es santo, sin pecado e incapaz de pecar. Es amor, dispuesto en Cristo, el Hijo de Dios, a darse a sí mismo por nuestra seguridad. Es gracia personificada, ofreciéndonos favor inmerecido. Además, es misericordioso, siempre dispuesto a compadecerse de pecadores que lo buscan para perdón. Estos atributos —y muchos más— son suyos, y lo son perfectamente. Nada sugiere, entonces, que Dios sea otra cosa que perfectamente y permanentemente digno de confianza. Él nunca actúa fuera de su carácter.



El pacto de Dios: En consonancia con su carácter amoroso, lleno de gracia y misericordia, Dios se ha dignado hacia el hombre para establecer un pacto con él. Lo planificó e inició para nuestra salvación y seguridad, e invita a los suyos a entrar en este pacto con él. Y lo hace, no como un contrato comercial frío, sino como una relación amorosa—sí, con nosotros, cuyos primeros padres lo rechazaron y en cuyo lugar hemos sustituido, desde entonces, apoyos indignos, inestables y perecederos.

Si bien este pacto es intrínsecamente seguro a causa del carácter de Dios, está sellado por la sangre derramada de Cristo. Su sangre, según el plan divino, aparta la ira de Dios de los pecadores y cubre su pecado de la vista de Dios. Así, quienes están sellados en el pacto tienen una relación con Dios que nunca sucumbe a las circunstancias, ni se deteriora con el tiempo, ni expira con la muerte. Dios la sostiene siempre.

Las promesas de Dios: Por su fidelidad al pacto y por amor a los que están en pacto con él, Dios ha hecho muchas promesas preciosas. Mediante ellas, Dios pretende sostener a aquellos a quienes salva. Sabiendo, entonces, que Dios no abandona a los pecadores, descansamos en sus promesas y creemos, con Pablo,

que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28).

¿CÓMO PUEDO CONFIAR EN DIOS?

Esta confianza no es meramente intelectual, sino espiritual. Miramos a Dios no solo por una relación reparada que se quebró en Adán y Eva y por causa de ellos, sino por una relación nueva, mejorada e inviolable con él. Esto implica:

Arrepentimiento hacia Dios: El arrepentimiento auténtico se caracteriza por un cambio de mente acerca de Dios (*metanoia*); una convicción profunda de cómo nuestros pecados han quebrantado la ley de Dios, entristecido el Espíritu de Dios (*metamelomai*) y empañado la belleza de sus planes para nosotros; y un retorno sobre nuestros pasos hacia Dios (*epistrophō*). Después de todo, no podemos hallar seguridad en Dios a menos que estemos listos para confiar en su seguridad por encima de todas las demás y en toda circunstancia.

Fe en el Señor Jesucristo: Nuestro arrepentimiento hacia Dios cree que hay perdón disponible en Cristo, el Hijo de Dios. Esta fe salvadora implica conocimiento de lo que Dios ha revelado sobre sí mismo, convicción de nuestros pecados a la luz de esa

revelación, y nos lleva a caer sobre las misericordias de Dios en Cristo. En resumen, confiar en Cristo es la puerta de entrada para hallar seguridad en Dios.

Confiar en Cristo para el tiempo y la eternidad es, por tanto, renunciar a la confianza última en cualquiera o cualquier otra cosa. Otros recursos van y vienen. Cristo no. La historia es *su* historia. Él “es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8). “Ayer” fue anunciado por profecía como el que vendría para nuestra salvación; “hoy” nos ofrece su muerte expiatoria por el pecado; y “por los siglos” vive, habiendo resucitado de los muertos para no morir jamás. Ahora

exaltado en nuestra humanidad al trono del universo, Cristo intercede siempre por los que descansan en él, y volverá para consumir en una tierra nueva la seguridad que los creyentes comienzan por la fe en él.

Entre ahora y entonces, Cristo permanece para los creyentes como su verdad en un mundo de engaño, su limpieza en un mundo de pecado y vergüenza, y su seguridad en un mundo vulnerable. En Cristo, nunca podremos ser separados del amor de Dios—ni por tribulación (presión o estrés), angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada (Romanos 8:35–39). Los países pueden cambiar alianzas, caer y ser absorbidos, pero el reino de nuestro Dios y Salvador no tendrá fin. Al pertenecer a él, estamos anclados y resguardados en medio de las tormentas de la vida. Para citar a Corrie Ten Boom, sobreviviente del nazismo: “Si miras al mundo, estarás angustiado. Si miras dentro de ti, estarás deprimido. Pero si miras a Cristo, estarás en reposo”. Su vida le da autoridad a su opinión.

(Foto: Bethany, Cheung Chau, Hong Kong.)

Información Postal:

DEMOSTRANDO LA SEGURIDAD

Asediados por los temores actuales de una Tercera Guerra Mundial, podemos aprender mucho acerca de la seguridad a partir de la época de la Segunda Guerra Mundial.

SEGURIDAD DESCUBIERTA

Mucho antes de que las fuerzas alemanas invadieran los Países Bajos, la familia Ten Boom ya había descubierto su seguridad en Dios. Era una familia cristiana formada en la tradición reformada continental y comprometida con Cristo, su Palabra y su iglesia. Al afirmar el Catecismo de Heidelberg (1563), publicado durante la persecución de los protestantes, conocían la Pregunta 1: “¿Cuál es tu único consuelo en la vida y en la muerte?” y podían responder: “Que no me pertenezco a mí mismo, sino que pertenezco, en cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, a mi fiel Salvador Jesucristo”.

Así, los Ten Boom sirvieron a Dios como una familia amorosa, dedicada a la oración y trabajadora, aficionada a la música, el arte y los idiomas. Casper Ten Boom y sus hijas, Corrie (Cornelia) y Betsie (Elisabeth), vendían relojes y despertadores desde su tienda en Haarlem, y Corrie llegó a ser la primera mujer holandesa calificada como relojera.

SEGURIDAD OFRECIDA

Como cristianos, la familia Ten Boom creía firmemente en la igualdad individual delante de Dios, y por eso se aseguraron de que la tienda fuera una “casa abierta” para los necesitados. Ya interesados en el antiguo pueblo de Dios, los judíos, los Ten Boom comenzaron a ayudar a quienes huían de la opresión nazi.

Casper, Corrie y Betsie se unieron al grupo de Resistencia Beje, que encontró refugio para decenas de judíos y sus hijos, ya fuera en su zona o en otra. Además, los Ten Boom abrieron su casa a un gran número de fugitivos y colaboradores de la Resistencia. Unos 80 miembros de distintos movimientos clandestinos los visitaban con regularidad, y Corrie se encargaba del abastecimiento de alimentos. Asimismo, Corrie cuidaba de fugitivos escondidos en otros lugares: inspeccionaba refugios antes de enviar allí a las personas, les proporcionaba cupones de racionamiento y mantenía buenas conexiones con la policía.

SEGURIDAD NECESITADA

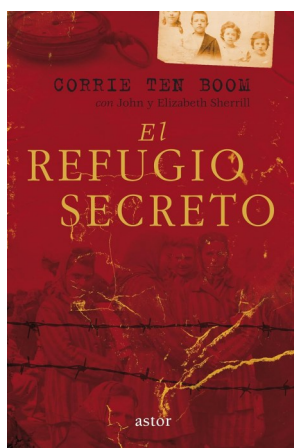
El 28 de febrero de 1944, sin embargo, la familia Ten Boom fue traicionada por dos compatriotas holandeses. Durante el allanamiento de su casa, todos los escondidos lograron escapar; pero cada miembro de la familia Ten Boom y otros 30 colaboradores fueron arrestados e interrogados. Nadie reveló información adicional. Casper, de 84 años, resistió durante 10 días antes de morir.

Corrie y Betsie, en cambio, permanecieron detenidas en el Oranjehotel durante tres meses, antes de ser trasladadas al campo de concentración de Vught. En septiembre de 1944, fueron transferidas a Ravensbrück, “el campo de concentración del que no se regresa”.

En diciembre de 1944, Betsie murió a causa de las condiciones brutales, pero Corrie fue liberada dos semanas después debido a un error administrativo. Regresó a Haarlem hasta la liberación en mayo de 1945, y luego estableció en Holanda un hogar para víctimas de campos de concentración y otro hogar para refugiados en el emplazamiento del antiguo campo de concentración en Darmstadt, Alemania. Caspar, Corrie y Betsie son hoy reconocidos por Yad Vashem como “Justos entre las Naciones”. Entre los libros de Corrie se encuentra *El refugio secreto* (*The Hiding Place*, 1971). Está en 60 idiomas y ha vendido 23 millones de ejemplares.

SEGURIDAD COMPRENDIDA

Claramente, los cristianos ponen su confianza en Dios no para tener una vida “encantada”, sino porque la vida está fuera de nuestro control, y Dios es el único en quien podemos confiarla. Es cierto: hay cosas que no entendemos de los caminos de Dios —¡no somos Dios!—, pero él nunca falla ni abandona a quienes descansan en él. Habiendo vivido las circunstancias más oscuras imaginables, Corrie pudo decir: “Nunca temas confiar un futuro desconocido a un Dios conocido”, y “No hay pozo tan profundo que el amor de Dios no sea más profundo todavía”. Que nosotros, en estos días inciertos, también podamos, en Cristo, decirlo.



PRÓXIMA EDICIÓN: 1 DE JUNIO